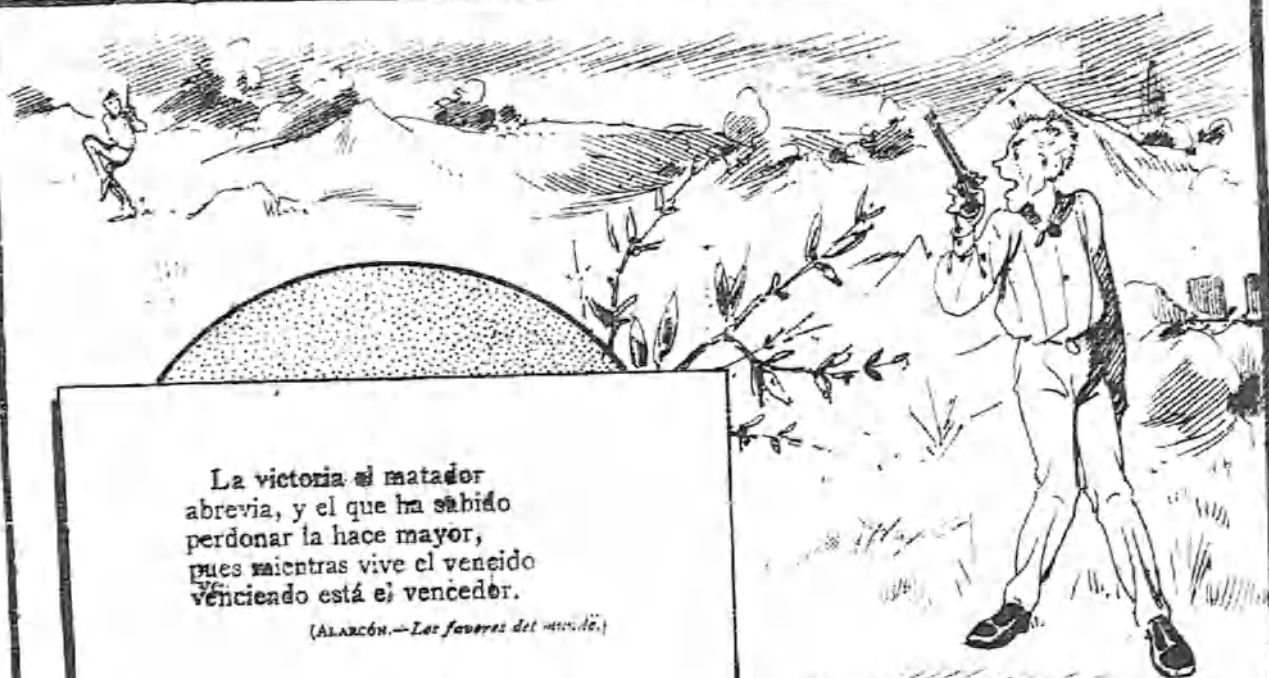




Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

RETAZOS



La victoria el matador
abrevia, y el que ha sabido
perdonar la hace mayor,
pues mientras vive el vencido
venciendo está el vencedor.

(ALARCÓN.—*Los favores del mundo.*)



SUMARIO

TAVES: De todo un poco, por Luis Taboada.—El buen Jeromo, por Luis de Antorena.—Triste fin de Libotia Somormujo, por Juan Pérez Zañiga.—Palique, por Clarín.—Uno de tantos, por Fernando Manzano.—Merendancia, por Sinésio Delgado.—Eso, por Constantino Gil.—Chismes y cuentos.—Anuncios.

GRABADOS: Retazos.—¿Dónde están ustedes?—(De dónde vienen ustedes)—Actualidades, por Gilla.



No han cesado las circunstancias críticas, y Madrid continúa triste y abatido.

Los teatros y cafés siguen estando desiertos, la gente se queda en su casa por la noche, el pánico cunde, y más que en la corte de España, parece que estamos en Vitigudino.

Todos hablan de neumonías, de muertes repentinas, de la enfermedad del Rey y de la miseria que azota a las clases desvalidas.

Aun las personas de carácter alegre se nos acercan ahora en la calle, con la faz contraída por la amargura, para decirnos:

—¡Esto es horrible!

—¿Qué hay?

—La enfermedad no cesa. Ayer estuve tomando café con un chico trombón del teatro de Esclava, y hoy....

—¿Qué?

—Hoy han venido a decirme que le han sacado una muela. ¡No somos nada!

No puede negarse que las circunstancias son difíciles; pero hay quien exagera hasta el punto de suponer que la semana que viene, a más tardar, moriremos todos los vecinos del distrito del Centro, y que antes de quince días no quedarán en Madrid más que diez y ocho personas y quince animales de ambos sexos.

—Adiós, Hipólito. ¿Cómo es que vienes al café? ¿No decías que pensabas permanecer en tu domicilio hasta Agosto?

—Venía a ver si estaba aquí mi médico.

—¿Hay novedad en tu casa?

—No, pero quiero tenerle a la mano por si necesito sus auxilios. Figúrate que de pronto me da un dolor: ¿a quién acudo?

—Anda, toma una copita.

—No, ¿para qué? ¡Al fin y al cabo nos hemos de morir todos!

Lo mismo se exagera en punto a enfermedades que en lo referente a la miseria. Hay, en efecto, muchos desgraciados sin pan ni abrigo, pero la gente da en suponer que nadie come por falta de recursos, y a cada paso vienen a decirnos:

—¡Hombre! Usted que escribe en *El Imparcial* puede hacer una favor muy grande.

—¿De qué se trata?

—Es necesario socorrer a una familia desgraciada. Mire usted, el padre está enfermo sobre una estera y cubierto con un refajo, la madre anda arrastrándose por el suelo porque se le doblan las rodillas a causa de la debilidad, y los cinco hijos se están pudriendo en un rincón, unos encima de otros, como los nisperos maduros; la única que se sostiene es la abuela, que anda desnuda de medio cuerpo arriba y sin más abrigo que unas alpargatas.

Para excitar la compasión, hay quien pinta cuadros aterradores en los que aparece un padre de familia, sin cabeza, que, obligado por la necesidad, ha tenido que comerse un niño de seis años y dos pañuelos de las narices....

¡Qué espantosa situación!

Se han repartido muchos socorros, porque la caridad del pueblo de Madrid es inagotable, pero quedan todavía muchos infortunios que no han sido remediados.

A las redacciones de los periódicos han acudido los pobres a miles. Entre ellos había alguno que entraba exigiendo, con malos modos,

—Pues yo venía por veinticinco pesetas y una manta colorada.

—Se han acabado las mantas.

—¿Cómo! ¿Y para eso he venido hasta aquí desde la Guindalera? Hombre, me choca. Esta es una falta de consideración.

Después se averiguaba que aquel pobre era un prestamista de los arrabales, casado con una *santaora* y que poseía una huerta y dos guitarras y un cerdo.

Entre los muchos necesitados que han acudido a recibir el óbolo de la caridad, había alguna señora venida a menos, según decía en tono confidencial y cariñoso, que se encaraba con un redactor y lo volvía loco a fuerza de confidencias.

—Miste, yo soy andalusa y criada en mi buenos pañales, pero tuve la desgracia de casarme con un piyo que me lo comió too, dejándome embarazada de ocho meses y sin una miaja de pan que yevarme a la boca. ¡Ay, hijo! Usted no sabe lo que estamos pasando mi niña y yo. En fin, yo venía a que me socorrieran ustedes, porque soy una señora de mucha vergüenza y no me atrevo a pedir.

—¿Quiere usted comestibles?

—¿No podría usted darme diez ó fose duros? Porque verá usted: mi niña tiene un novio y no se pué casar por falta de ropa. ¡Pobresita de mi arma! Desde ayer está con un huevo y dos castañas asadas que le regaló un vesino. Haga usted el favor de ver si puedo yevarme aunque no sea más que cinco duros, porque la niña no tiene medias y a mí se me salen las carnes de puro desabrigrada que estoy. Si tuvieran ustedes por ahí un mantón de abrigo ó una manteleta en buen uso....

—¿Como no quiera usted una manta....

—Bueno, pues démela usted y a ver si me la puede yevár a casa algún chico de la redacción, porque no está desente que vaya por la caye cargada.... Pero ¿de veras no me va usted a dar un par de duriyos?

—Se ha acabado el dinero.

—Bueno, no se incomode usted; venga la manta.... ¡Ay! ¿Qué triste es verse como yo me veo! ¿Quién me había de desir a mí, cuando vivían mis papás, que iba a tener que arroparme con una manta color de canela? ¡Ay! ¡Si me viera mi maestro de piano! En fin, ¿qué se le va a haser?.... Vaya, quede usted con Dios, y ya sabe usted que tiene unas amigas en la calle del Triñulete, cincuenta y cinco, cuarto, interior, segunda escalera der sentro. Vaya usted por ayí alguna noche, para que oiga usted a mi niña tocar la guitarra.... ¡Ay, qué vida éstal!

Los periódicos han realizado una buena obra socorriendo el infortunio y enjugando lágrimas; pero no han podido evitar que algún socorro haya ido a poder de alguica que no lo necesite.

Hay personas que tienen el vicio de pedir, y no hace muchas horas que me decía un conocido, de buena posición social, aunque tacaño:

—¿Caramba! ¿Si yo me hubiese acordado a tiempo!...

—¿Qué?

—Le hubiera pedido cinco duros a *El Imparcial*, para comprarme una boquilla.

LUIS TABOADA.

EL BUEN JEROMO

FRAGMENTO DE UN POEMA EN PLENIA

—¿Tú ser malo, Jeromo! ¿Desatinas?
¡A qué delirios la desgracia lleva!
¿Y qué hiciste, por fin?—Pues, como preba,
empecé golpeando a las gallinas,
y, al verlas asustadas
correr por el corral, dando graznidos,
ensayaba esas locas carcajadas
que tomaron algunos por gemidos....
—Pero ¿hallaste placer?—¿Placer? Ninguno,
ninguno.... ¡Pobres hijos! Al contrario,
¡pero era, señor cura, necesario
que adquiriese costumbre de ser tuno!

—Y siguiendo adelante
en el formal empeño que tenía,
procuré revestir a mi semblante
de expresión descarada y petulante,
que de molde, a mi juicio, me venía....
Y mal vestido, como yo creía
ser propio de un matón de pura raza,
armado de un garrote,
salí, con más afán que Don Quijote,
a buscar aventuras por la plaza....
Y no alboroté en balde,
pues sabe el pueblo todo
que, en premio a mis proezas, el alcalde
me mandó a la prisión, todo con todo,
y que más de un muchacho

hizo en mí blanco y me llenó de lodo,
y más de un viejo me creyó borracho....
¡Y en fin, desde aquel día
en que hice á perfección el mamarracho
me tienen por más tonto todavía!

—Otra vez, padre, y terminé con esto
(y quizás lo peor aquí se esconde),
estando no sé dónde,
al verle á usted venir, le hice á usted un gesto....
Gesto que luego me produjo espanto,
porque pensé en seguida
que lo más respetable en esta vida
fue siempre la virtud.... y usted es santo....
No dude ahora, señor, de que me ajuste
á lo que usted en desagravio mandó;
tal vez la penitencia será grande,
pero usted puede echarme la que guste,
que no me ha de espantar el sacrificio,
y pues la ofensa que causé es segura,
mande usted lo quiera, señor cura....
oración.... disciplinas.... el cilicio.
Por borrar mi pecado tengo empeño....
Desde el día maldito del pecado
parece que mi madre se ha enfadado.
¡No ha vuelto á aparecerseme en mi sueño!

LUIS DE ANSORENA.

TRISTE FIN DE LIBORIA SOMORMUJO

.....
El tano del Sinfoniano,
que había dado á Liboria
palabra de casamiento
como la dan las personas,
se enredó con la Molusca
porque era un poco más gorda
que la susodicha... y ¡claro!
ésta, que era más celosa
que un concejal, cierta noche
salió á la calle á deshora,
y en mitad de la plazuela
de Matute dijo: «¡Porral
Ya que el despecho me mata,
quiero bajar á la fosa.»
Y en el puesto de cerillas
de una fosforera sorda
compró una caja de mixtos
de las más ordinariotas,
que tenía por un lado
la Virgen de la Paloma
y por otro el Regatero
con la faz llena de motas
por culpa de las funciones
digestivas de las moscas.
Dió por ella un perro chico
y, una vez hecha la compra,
se dirigió velozmente
á la modesta mazmorra
que ocupaba en la elegante
calle de la Pingarrona,
número seti, piso cuarto.
Subió la escalera toda,
abrió la puerta con llave,
á la vez que con rozobra,
y al fin entró en su aposento,
do había una palmatría
con una vela apagada
encima de una consola
cuyas patas hay quien dice

que padecían de gata.
Cogió, sin soltar la caja,
de la cocina una copa
y la llenó en un momento
de agua pura del Loxoya.
Llevida, febril, convulsa
y desesperada y loca,
dijo: «¡Lo mismo son todos
los hombres para nosotros!
¡Me ha perdido el Sinfoniano!
¡Dios mío! ¡Misericordia!»
Lanzó en seguida un suspiro
que se oyó desde Segovia,
cogió la caja de mixtos
y, al verse á oscuras y á solas,
¡zas! encendió la bujía
que había en la palmatría,
y se bebió el agua clara
que contenía la copa.

.....
¡Murió! La pobre murió
cerca de Constantinopla,
seis años más tarde, víctima
de puntadas en las corvas,
dejando dos huérfanos
lo mismo que dos marmotas,
lo cual, como era ambidextra,
ni me chocó ni me chocó.
Trasladaron á la corte
sus restos, y aquí reposan
en una caja de pasas,
ni muy larga, ni muy corta.
Nadie sabe el paradero
del alma de la Liboria;
pero por si está de ocultas
en la estancia misteriosa
donde, de paso y sin crémor,
se purgan las culpas guardas,
¡recen ustedes por ella,
si tienen tiempo de sobra!

JUAN PÉREZ ZORIGA.

PALIQUE

Bien saben Dios y D. Ramón de Campoamor si yo quiero y
admiro al autor del *Drama Universal*.

Aparte de sus méritos, que nadie pone en duda, en cuanto
poeta lírico, tiene otros muchos que todos le reconocemos. Por
lo que á mí toca, ya tengo dicho varias veces que D. Juan Va-
lera y Campoamor me parecen los dos hombres más listos de
España. Son de los pocos literatos de por acá que saben hablar
de las grandes cosas de tejas arriba como hablan otros escrito-
res de fuera. Le tengo también á D. Ramón por un prosista exce-
lente, gracioso hasta en sus incorrecciones (que fuera mejor, sin
embargo, que no existieran); pero hay algo que no me gusta en
D. Ramón: la *paradoja burguesa*.

Me explicaré. Muchas veces en sus escritos, casi siempre en
su conversación, Campoamor hace ingeniosísimos ejercicios de

dislocación dialéctica.... para sostener vulgaridades. Le gusta
seguir el camino trillado.... sólo que con la cabeza entre las
piernas ó andando con las manos, y los pies al alto.

Es un Barbey d'Aurevilly al servicio de Mr. Prudhomme.

A la paradoja no hay derecho á leerla la cartilla de la lógica,
cuando el que tal intenta se expone á destruir un pensamiento
nuevo, una observación feliz; pero cuando la paradoja tiene
dentro de sí lo que una avellana vana, ó lo que es peor, una idea
vulgar, una preocupación de la muchedumbre, se le debe opo-
ner la ley del silogismo y todos los tópicos lógicos que vengan
al caso.

Don Ramón Campoamor no tiene derecho á hacerse el tonto,
y por su propio buen nombre se lo debemos advertir los amigos.

Hace pocos días publicaba *La Ilustración Española* el retra-
to del simpático y muy discreto director de *El Imparcial*, señor
D. Enrique Hernández, y la semblanza correspondiente apare-
cía firmada nada menos que por Campoamor. Tamaño honor lo
merece el célebre periodista, y honra también al poeta la obra
de justicia y de modestia que realiza con su trabajo.

Pero no se trata de esto.

Es el caso que con motivo de alabar las «misceláneas» del se-
ñor Hernández.... Campoamor se pone á defender á Cánovas del
Castillo, poeta y polígrafo, y de camino á insultarnos, ó poco
menos, á los que escribimos pestes de la sabiduría y de los ver-
sos de D. Antonio.

Y allá van las *paradojas burguesas*, ó sea las vulgaridades en
forma paradójica.

Dice D. Ramón: «La bondad siempre es más justa que la jus-
ticia.» Vulgaridad insigne en forma paradójica; ésa es la falsa
teoría antiquísima de la *equidad*, que hoy cualquier estudiante
de segundo año de derecho destruye fácilmente haciendo ver
que la llamada equidad no es más que una forma de la justicia,
corrigiendo, no la justicia misma, lo cual sería absurdo, sino la
definición de la ley humana que sería injusta aplicada en tal ó
cual caso, y se rectifica por la forma de la justicia que se llama
equitativa.

Nuestros mejores literatos suelen tener en censurable olvido
el estudio del derecho; hoy es Campoamor, que no sabe que su
paradoja es un error jurídico del tiempo de los Romanos; ayer
era D.^a Emilia Pardo Bazán, que á una *sesión* del Senado la lla-
maba senado-consulta.

Y sigue Campoamor:

«Y digo todo esto porque la crítica satírico-política me es in-
soportable por lo que tiene de faccioso.» Según lo cual, Campo-
amor ha de tener por insoportables la *Sátira Menipea*, y las co-
plas de Mingo Revulgo, y los artículos de Larra, y los folletos de
P. Luis Courier, y la *Comedia de Aristófanes*, y los *Diálogos*
de Luciano.... y las sátiras de Nevio y.... medio mundo litera-
rio. Además, la sátira política puede no tener nada de faccioso;
y además, no siempre lo que es faccioso es insoportable.

Y sigue Campoamor:

«Pongámos un ejemplo. No pasa día sin que se vea en algu-
nos periódicos literarios ó políticos alguna alusión más ó menos
injusta contra el Sr. Cánovas del Castillo. Grandes hombres
contemporáneos han recopilado sus trabajos poéticos, entre ellos
los señores Valdegamas, Pacheco, Balmes y Ríos Rosas, y jamás
se le ha ocurrido á nadie cometer la *irreverencia* de satirizar las
inspiraciones (escribe así Campoamor?) de hombres que no han
tenido la poesía por ocupación preferente de su vida.» Lo más
gracioso de esto es que, según Campoamor, se comete una irre-
verencia si se satirizan los versos de quien no es poeta de oficio.
Cuando justamente los versos que suelen merecer más la sátira
son los de quien se mete en la renta del Eclesiástico y se las echa
de poeta por pasar el rato, aunque Dios no le llame por ese ca-
mino. Venga acá, D. Ramón, y así, á la *justa la llana*, pón-
gase á pensar conmigo. ¿No le parece ahora absurdo que
para criticar unos versos tengamos que esperar á saber de bue-
na tinta que el autor ha consagrado toda su existencia á las mu-
sas? ¿No recuerda Campoamor algunos versos del *Misántropo*
de Molière que pudieran servirle de famosa contestación? Mire
que está defendiendo la causa de Orontes, que está siendo casi
casi un Filinto, y que á sus *patrocinados*, á los que escriban ver-
sos malos, sin ser poetas, se les puede decir:

.....qu'un froid écrit assomme,

qu'il ne faut que ce faible à decrier un homme;
et qu'eut on d'autre part cent belles qualités,
on regarde les gens par leur méchants côtés....

y lo otro de

quel besoin si pressant avez vous de rimer?

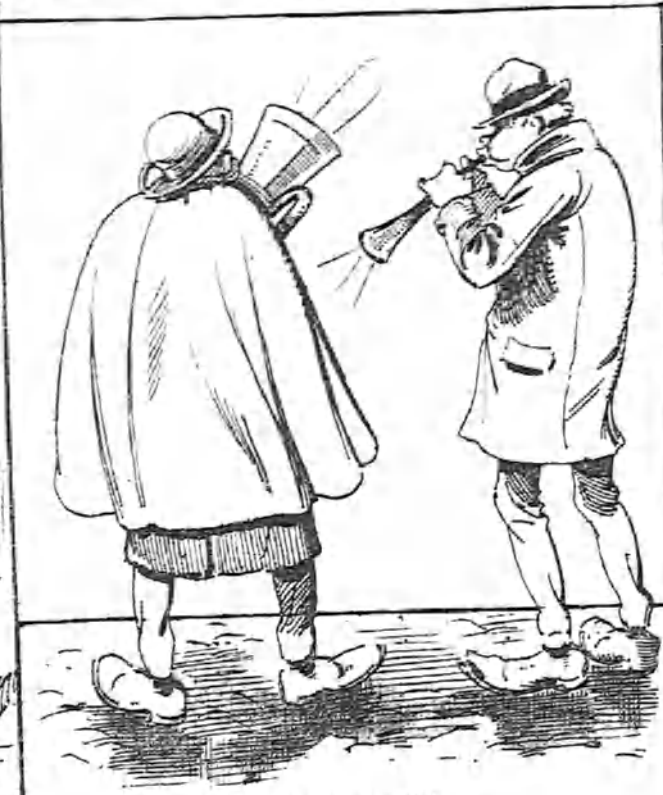
.....
et n'allez point quitter, de quoi que l'on vous somme,
le nom que, dans la cour, vous avez d'honnête homme....

No, D. Ramón, no puede haber irreverencia jamás en criticar

¿DÓNDE ESTÁN USTEDES?



De guardia.



Molestando al público.



En el limbo.



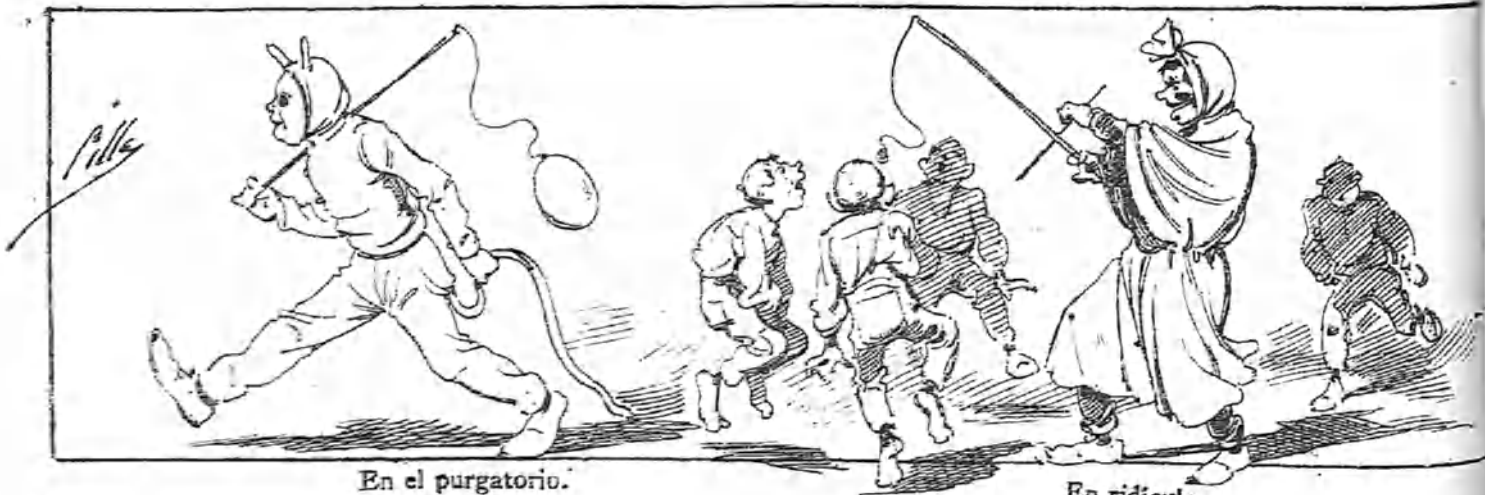
Citado con un reloj cualquier



En la oficina.



En Babia.



En el purgatorio.

En ridiculo.

¿DE DÓNDE VIENEN USTEDES?



De la prevención.



De la peluquería.



De una juerga.



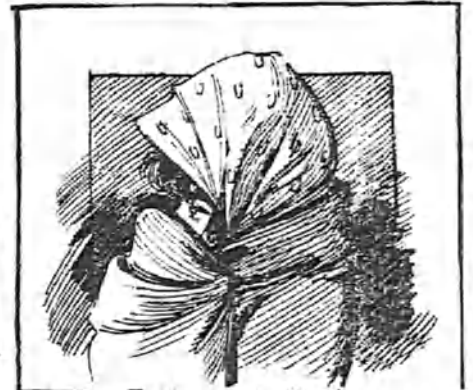
De San Feliú de Llobregat



De despertar al señorito.



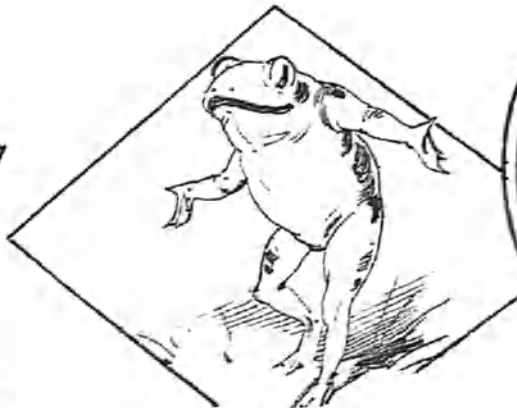
De la cuadra.



De la rue des Boulangers.



De hablar con la madre de ella.



Del charco.



Me da vergüenza decirlo.

los versos malos, aunque no sean de poetas matriculados. Por lo demás, Dios usted que *jamás* se satirizaron los versos de Valdegamas, Balmes, etc., etc., y eso no es exacto; yo recuerdo haber leído burlas contra los versos de Balmes, y contra los de Ríos Rosas, y contra los del primer Marqués de Pidal.... y yo me he reído en letra de molde de las inspiraciones de Navarro Rodrigo y de Campo-Grande y otra porción de poetas de lance y políticos.

Y sigue Campoamor.... y sigue quien lo dijera olvidando por un momento la gramática (justo castigo á su atrevimiento al defender las literaturas de Cánovas):

—Pero al Sr. Cánovas del Castillo, que, como escritor en verso, deja á estos insignes varones á una distancia inmensa, y que además lleva de frente (sí, y de calle) todos los problemas filosóficos, políticos y sociales de su tiempo (D. Ramón, ¡por Dios! el *humorismo* no tiene el derecho de llegar á lo cursi, no pasa día sin que algún obscuro descaheñado, de esos que componen los cuerpos francos de la crítica, *no escriba contra él*, ¿Qué sintaxis es ésa? No ve Campoamor que con esa construcción deja colgado al Sr. Cánovas?) alguna de esas mordacidades que recuerdan los gozques de alquería (parece que los gozques de alquería recuerdan las mordacidades....).

Vea el Sr. Campoamor adónde conduce el crimen.... literario. La *influencia* del estilo canovístico ha cogido á D. Ramón, y este modo de prosistas olvida, por defender lo absurdo, la construcción castellana, y cae de cabeza en anfibologías y sostiene tesis disparatadas.

Es necesario que tanto Campoamor como Valera tomen por otro camino. Esa benevolencia *coram populo* y esa crítica esotérica más severa no tienen gracia, porque causan graves daños á la literatura española.

No somos pocos ni nos mordemos la lengua los que estamos dispuestos á protestar constantemente. Por lo que á mí toca, les aseguro á D. Juan y á D. Ramón que me tendrán enfrente siempre que de esas perniciosas *boudades* se trate. Y no hay elogios ni *bombitos* que valgan. No les negaré que me saben á gloria las alabanzas inmerecidas que debo á uno y á otro. Tampoco ocultaré que cada vez les encuentro menos jugo; pero, de todas maneras, yo no me vendo por un plato de lentejas ni por cien arrobas de incienso. Por consiguiente, en este punto de la benevolencia injusta, ¡guerra á muerte!—Y en lo demás.... oro molido.

Porque... han de saber ustedes que ahora se desquejga Valera diciendo que *Morriña* es una cosa excelente, ¡un primor!.... Que el asunto no vale dos cuartos, que los personajes no importan tres pitos.... pero que ¡ah! ¡la forma, la manera de contar aquellas nimiedades!....

¡No haga usted caso, D.^a Emilia! ¡Por Dios, no haga usted caso! Créame usted á mí, que soy mucho más sincero, que tomo estas cosas más en serio, aunque no lo parezca y me esté mal el decirlo. *Morriña* vale poco, muy poco. Y vale poco.... porque le salió á usted mal, porque no estaba el horno para pasteles cuando usted la escribió. Es insignificante, no vuelva usted á pensar en ella.

Por supuesto que también Valera suelta su *aforismo*.... falso con motivo de *Morriña*. Aforismo que puede hacer *pendant* al de Campoamor respecto á la *irreverencia*.

Según Valera, cuando se habla de una *novela*, no se debe hablar de las demás que haya escrito el autor.... á no ser que se escriba un estudio completo de sus obras.

Vaya esto también al capítulo de las *irreverencias*. ¡Por los clavos de Cristo, D. Juan! ¡D. Ramón, por los citados clavos! Insignes humoristas.... un poco más de formalidad *interna*.

Sea cada cual lo chusco que pueda, pero.... *magis amica veritas*.

CLARÍN.

UNO DE TANTOS

Con pantalones anchos
de siete varas,
su corbata de moda
muy nuevecita,
se levanta de paño
de las más caras
y su gabán más corto
que la levita,
todas las tardes López
va de pasco,
sin llevar más ahelos
ni aspiraciones
que fustigar el asombro

del señor feo
y huir del arco delir.
Los cerasanos.
Porque López se muere
por el buen tono
y por llevar el traje
que al plato lo.
En todos los centros
tiene su abono
y en todos los salones
es festejado.
Es un chico elegante,
muy instruido,

que habla el francés y tiene
mucho dinero,
que habla como pocos
el vals corrido
y que guía un carruaje
como un cochero.

.....
Un día de Diciembre,
por la mañana,
quiso el bueno de López
lucir el traje,
y porque se le viera
la americana,
sin abrigo ninguno
se fue á la calle,
y como hacía un frío

muy horroroso,
pagó con el pellejo
su chifadura.
Su aspiración constante
de verse hermoso
hizo encontrar á López
la sepultura.
Nota.—Contra el dictamen
de los doctores,
yo opino que no ha muerto
de palmoa.
Más estragos que el frío,
con sus rigores,
hace entre muchas gentes
la miseria.
FERNANDO MARRANO.

MENUDENCIA

Una abeja que andaba cierto día
libando todo el polen que podía
en las flores más bellas,
de repente murió de apoplejía
y quedó entre las hojas de una de ellas.

—¡Qué abeja tan dichosa!
(dijo una mariposa).

¡Vive en la soledad, en el misterio,
tiene un lindo jardín por cementerio
y por sepulcro el cáliz de una rosa!

—Crea usted, poetisa majadera,
(le interrumpió una oruga intempestiva),
que mejor estaría si estuviera
en un estercolero, pero viva.

SINESIO DELGADO.

ESO

Mi querido Sinesio: Como puede usted suponer, no he sido menos que algunos senadores más ó menos vitalicios, y lo he tenido. Pero no lo atribuyo á la atmósfera, no, señor; porque, en buen hora lo diga, yo con la atmósfera no he tenido cuestión alguna, ni nada que motivara una agresión por parte de dicha señora. Vivo dentro de ella, con orden, eso sí, y sin hacer mucho ruido, como viven algunos dentro del presupuesto, pero nada más.

Que me rozo con ella, bueno. Que ella se roza conmigo, bueno también. Pero nada más que lo indispensable y sobre todo, siempre con buen fin.

Por eso, yo á la atmósfera no se lo achaco, no, señor; á cada uno lo suyo. Para mí—como dice mi criada,—la causa de todo han sido unos ovillojos que me trajo un chico paisano mío para que se los limara. Y naturalmente, porque no digan en mi tierra que no hago caso de lo que produce el suelo que me vió nacer, me puse á limárselos, y al segundo verso, que acababa en *au*, porque el anterior terminaba con el latido de un perro, sentí una cosa como si me atizaran un palo en la nuca, y.... ¡cataplum! caí al suelo como un taco, y tuvieron que llevarme á la cama, con lima y todo. A los cinco minutos cayó mi mujer, á los otros cinco la criada, y en seguida un galápago á quien queremos como si fuera de la familia, porque es muy respetuoso con el clero y muy decente en todos sus actos.

En esta situación, es decir, yo en la cama, la criada en la cama, el galápago debajo de la tinaja en actitud reflexiva, y mi mujer disponiéndose también á sumergirse en las sábanas, tuvo ella un pronto, y se lanzó á la puerta de la habitación, la abrió y llamó al portero.

—¡Remigio! ¡Haga usted el favor de subir!

A los dos minutos se presentó Remigio, todo asustado.

—Mire usted—le dijo mi mujer,—todos estamos ya con *ese* que anda por Madrid. Tome usted la llave, para que abra usted la puerta al aguador cuando venga.

—¿Quiérela usted que avise al médico?

—¡No! Nada de médicos—le dije yo.—Con el aguador nos arreglaremos, porque ha sido de Sanidad militar cuando era soldado, y además su mujer es asistente.

Y nos quedamos solos, cada uno en su cama y con su tranquilo correspondiente.

—¿Qué hacemos?—me preguntó mi mujer.

—¡Nada! Estarnos quietitos, á ver si podemos sudar. Si se te ocurren algunas de esas cosas que dices á veces y que á mí me encienden la sangre, no vaciles, sústame todos los improperios que puedas, á ver si me acoloro y rompo.

En este momento penetró el aguador en nuestra alcoba.

—¡Hola, Benito! ¿Podemos disponer de su mujer de usted?

—Nu, señor, hasta las cuatro ó las cinco no podrá venir, porque está en las Vistillas de cuerpo presente.

—¡Ha muerto!—gritó mi mujer, con acento dramático.

—Nu, señor. Está asistiendu á una amiga que está de cuerpo presente, y nu se atreve á dejarla porque era muy miedosa, pero á las cinco se la llevan y vendrá á seguida á hacer lo mismo con ustedes.

—No. ¡No hay necesidad de que sea tanto! Que venga solamente para poner el puchero y hacernos flor de malva en el caldero grande.

—¿Usted sabe hacer sinapismos?—preguntó mi mujer.

—¡Pues ya lo creul!—respondió Benito.—Al general Esparteru naide se los ponía más que yo; pero si me han de hacer ustedes caso, lo mejor no está que corre, es lo que hemos hecho en la fuente con todos los que se han puesto malos.

—¿Qué han hecho ustedes?

—Pues nada, cogier un buen pedaxu de longaniza ahumada y frutar el cuerpo con ella hasta que echa chispas.

—¿Y luego?

—Luego, se hace un buen caldu con la misma longaniza y se toman tazas y tazas bien calientes, hasta que el enfermu echa chispas.

—Vamos, ¿usted está por las chispas?

—Sí, señor: en la fuente nos dan muy buen resultado.

—Pues mire usted—exclamó mi mujer,—yo estoy por los sinapismos y las aguas cocidas. En la despensa hay mostaza y flor de malva, cada cosa en su papel, con su leterrito correspondiente. Ponga usted agua en el caldero, y vaya usted preparando media docena de sinapismos, para nosotros y para la criada.

—¿Y dónde va á extender los sinapismos?—pregunté yo.

—En una *Correspondencia*—dijo Benito, saliendo de la alcoba.

—¡No!—gritó mi mujer.—Quite usted las cortinillas del comedor, que ya están muy sucias, y hace usted con ellas los sinapismos.

—Este hombre no me inspira confianza—añadió mi consorte en cuanto salió Benito.

—Pues á mí sí. ¡Ya verás qué mano tiene más suave! A mí, cuando estaba soltero, me ponía sanguijuelas siempre que estrenaba alguna comedia; y en cierta ocasión que me dió un accidente porque me subieron de pronto el alquiler de la casa, se metió conmigo en la cama para sujetarme, y allí nos estuvimos los dos quince días jugando al tute, por prescripción facultativa.

No tardó en presentarse Benito con el caldero.

—Aquí deo *estu*.

Y lo puso en una silla entre nuestras camas.

—Con estas pajitas que he sacadu del jergón de la chica pueden ustedes chupar toda la flor de malva que quieran, sin necesidad de sacar las manos. En seguida vuelvu con *estu*.

—¿Ves?—murmuré yo, empezando á tragar flor de malva.—Este hombre no tiene precio. En cuanto á su mujer, ya verás: lo mismo te hace un arroz con lomo, que te pone una lavativa con zaragatona.

—¡Aquí están los sinapismos!

Y Benito volvió á presentarse con la tabla de lavar la ropa, sobre la cual los trata extendidos.

A los dos minutos ya nos los había administrado, y salió á hacer lo mismo con la criada.

—¡Cuidado, Benito!—le dije yo.—No vale pasar del tobillo, porque la chica es muy nerviosa.

—¡Descuide usted, que ya me conozco!

Un momento después Benito se marchaba, prometiendo volver á la tarde á dar una vuelta.

—Se me figura—dijo mi mujer—que olemos á carne putrefacta.

—¡Mal síntoma!—le contesté.—Eso es que vamos perdiendo los jugos vitales, y entramos poco á poco en descomposición. ¡Adiós!

—¿De quién te despidés?

—De ti, hija mía, porque esto va por la posta.

Mi mujer dió un grito, y nos desmayamos *ambos á dos*.

Quando volvió Benito, nos hizo recobrar los sentidos, á fuerza de cachetes, y entonces nos explicamos la causa del mal olor, que nos había alarmado.

El gran Benito, en su precipitación por prepararnos los sinapismos, envolvió en las cortinillas unos filetes de ternera que había sobre la mesa de la cocina, y nos los aplicó á las pantorrillas con excelente éxito.

Lo cual que después de quitárnoslos se los llevó Benito para obsequiar á su señora.

—Sin embargo—y lo digo con las lágrimas en los ojos,—tenemos que lamentar una sensible pérdida: el pobre galápago ha muerto.

No se reparten esquelas.

CONSTANTINO GIL.



¡Pobre Gajarre!

No sólo le ha arrebatado la muerte en lo más glorioso de su carrera, sino que le han dedicado por ahí unos artículos cursis de los que meten miedo.

Sin duda para hacer *pendant* con aquel smeltcito que recorrió casi toda la prensa, y que á la letra decía así:

«Ha intentado suicidarse disparándose un tiro de pistola en la cabeza un sujeto llamado Angel Lizcano, de profesión pintor de historia.»

—Parece que va decreciendo la mortalidad. ¡Dios gracias!

Por cierto que no se podrá quejar la epidemia. Si buenas maldiciones la han acompañado, buena propaganda le han hecho los periódicos.

—Vean ustedes, yo creí que nuestra misión era levantar el espíritu, tranquilizar los ánimos y evitar la enfermedad moral, que, por el lujo desplegado en las precauciones, ha hecho tantas víctimas como la otra.

—Pues no, señor: resulta que lo que debemos hacer es atemorizar á las gentes, paralizar el movimiento, perjudicar al comercio y obligar á todo el mundo á no salir de casa.

Cada día se aprende algo.

No puede negarse que Madrid se ha portado bien. Se han repartido en donativos más de cien mil duros.

Pero tampoco puede ponerse en duda que, como sucede casi siempre, se habrán remediado pocas desgracias.

No hay más que leer las listas de socorros:

«A Fulano de Tal, albañil, enfermo, con cinco hijos enfermos y la mujer enferma, tres pesetas y una manta.»

Me figuro cómo despediría el albañil al que le hizo el obsequio:

—¡Adiós, rumboso!

¡Y cuidado que se podía haber hecho algo con dos millones!

Entre otras cosas, se podía haber buscado dos mil familias verdaderamente necesitadas y haber entregado cincuenta duros á cada una.

Aunque no.

Vale más lo de las tres pesetas.

Porque se ocupan más columnas.

Y ¡anda! ¡que se las gastea en vicios!

Confieso no haber leído la *Gaceta*, pero en lo que de ella copian algunos diarios he encontrado detalles por este estilo:

Fallecimientos del día tantos:

De pulmonía, 168.

De pneumonía, 9.

Que viene á ser como decir, y ustedes perdonen la comparación:

Borrachos, 4.

Beodos, 10.

Copio:

«Algunos minutos después de las seis y cuarto (¡Dios le conserve á usted la saboneta!) se abrió la mampara de damasco rojo de la cámara real para dejar paso al Sr. Alonso Martínez.»

Permaneció con S. M. hasta las cinco.»

Bien dice el refrán que las cosas de Palacio van despacio.

¡Tan despacio que se cuenta el tiempo hacia atrás!

De una correspondencia de París:

«Lo que más impresiona es que la muerte escoge muchas víctimas en las clases elevadas de la sociedad.»

Tiene usted razón.

¡A la plebe que la parta un rayo!

Libros:

Almanaque Sud-americano para 1890. Precioso libro que contiene artículos y poesías de los principales literatos americanos y españoles, infinidad de lindísimos dibujos de Apelles Mestres, fotografías y una cubierta de extraordinario lujo.

Hércules, novela original del fecundo escritor D. E. García Alemán, publicada por *La España Editorial*, Precio, 3 50 pesetas.



El día y falleció D. Luis Bravo y Peñarocha, queridísimo amigo nuestro y encargado que fué de la parte litográfica del *MADRID COMICO* durante los siete primeros años de su publicación, contribuyendo con sus trabajos á la prosperidad del periódico.

Reciban su viuda é hijos el sentido pésame de la Redacción.

MADRID 1890.—Imprenta de Manuel G. Escrivá, impresor de la Real Casa, calle de la Libertad, núm. 25.—Teléfono 234.

ACTUALIDADES



— Compañero, ¡buena bufanda!
 — ¡Ay, bufanda! Es una manta de las que dan pa el dengue,
 solamente que la he puesto unos flecos....

Edt. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
 Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SIMERIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.